

## LA ILUSTRACIÓN A FINES DEL ANTIGUO RÉGIMEN. VIAJE DE SIMÓN DE ROJAS CLEMENTE AL REINO DE GRANADA: LA AXARQUÍA ALMERIENSE (5-29 DE MAYO DE 1805). [3ª PARTE]: LA CIUDAD DE VERA Y SUS CONTORNOS

ANTONIO GUILLÉN GÓMEZ  
*Historiador*

### I. DE LUBRÍN A VERA (14 DE MAYO)

**M**uy a pesar suyo, pues son muchos los rincones que no ha podido escudriñar convenientemente en Lubrín, el andariego naturalista Clemente se decide a abandonar este pueblo. Tal vez el tiempo apremie y su bien meditado plan de viaje le obligue a entrar cuanto antes en la ciudad de Vera, población apenas atisbada de soslayo en su primera visita, el pasado día 7. Ahora será distinto. Ahora podrá dedicarle toda una larga semana, del 14 al 22 de mayo; lo que supondrá también una de las estancias más prolongadas, en un mismo lugar, de todas las vividas a lo largo del presente recorrido, si exceptuamos las dos semanas que dedicará inmediatamente después al pueblo de Vélez Rubio.

En fin, son sólo tres leguas las que separan Lubrín de Vera; tres leguas con fama de largas, pero que, como oportunamente observa nuestro viajero, *«lo fueron más para nosotros porque perdimos el camino y hechamos por Antas, que está a una legua de Vera»*<sup>1</sup>. La primera legua transcurre totalmente por los últimos vericuetos de la sierra de Filabres, una larga cordillera que pronto hallará su remate, muy cerca de sierra Cabrera. A estas alturas del viaje se pisan ya tierras jurisdiccionales del pueblo de Bédar. Por cierto, que *«la sierra de Vedar (parte de la de Filabres) tiene fama (como la de Cabrera) de plantas estrañas, entre ellas la salamondra que usan contra quebrancías (hernias) aplicada simplemte. a la parte, y contra indisposición de estómago tomando un poco de su polvo»*<sup>2</sup>.

Pero no adelantemos acontecimientos: antes de salir definitivamente del término municipal de

Lubrín, Clemente se siente obligado a rendir una última visita —al menos por ahora— al pago de los Marchales, con el fin de reconocer más detenidamente la serpentina descubierta días atrás. Con esta intención —certifica el viajero— *«nos hemos detenido en ella un buen rato, y entrando en el barranco hemos subido luego que dimos con la serpentina, por la loma de la mano derecha: luego dimos con un chlorito muy mezclado con mármol, en que además del ópalo y calcedonia estalactíticos hallamos un hermoso riñón de excelente roca cornea muy negra o piedra de toque (jaspe negro)»*<sup>3</sup>. Así se va entreteniendo durante una buena parte del tiempo: recorriendo las diversas lomas que jalonan, por este sitio, el Barranco de los Marchales, todas ricas en curiosidades mineralógicas, entre las que sobresalen la roca serpentínica y el mármol. Nada nuevo, desde luego, pues ambas producciones abundan tanto o más que aquí en otros rincones de esta jurisdicción, como ocurre, por ejemplo, con la propia cumbre del Cerro de la Atalaya, toda ella de excelente mármol.

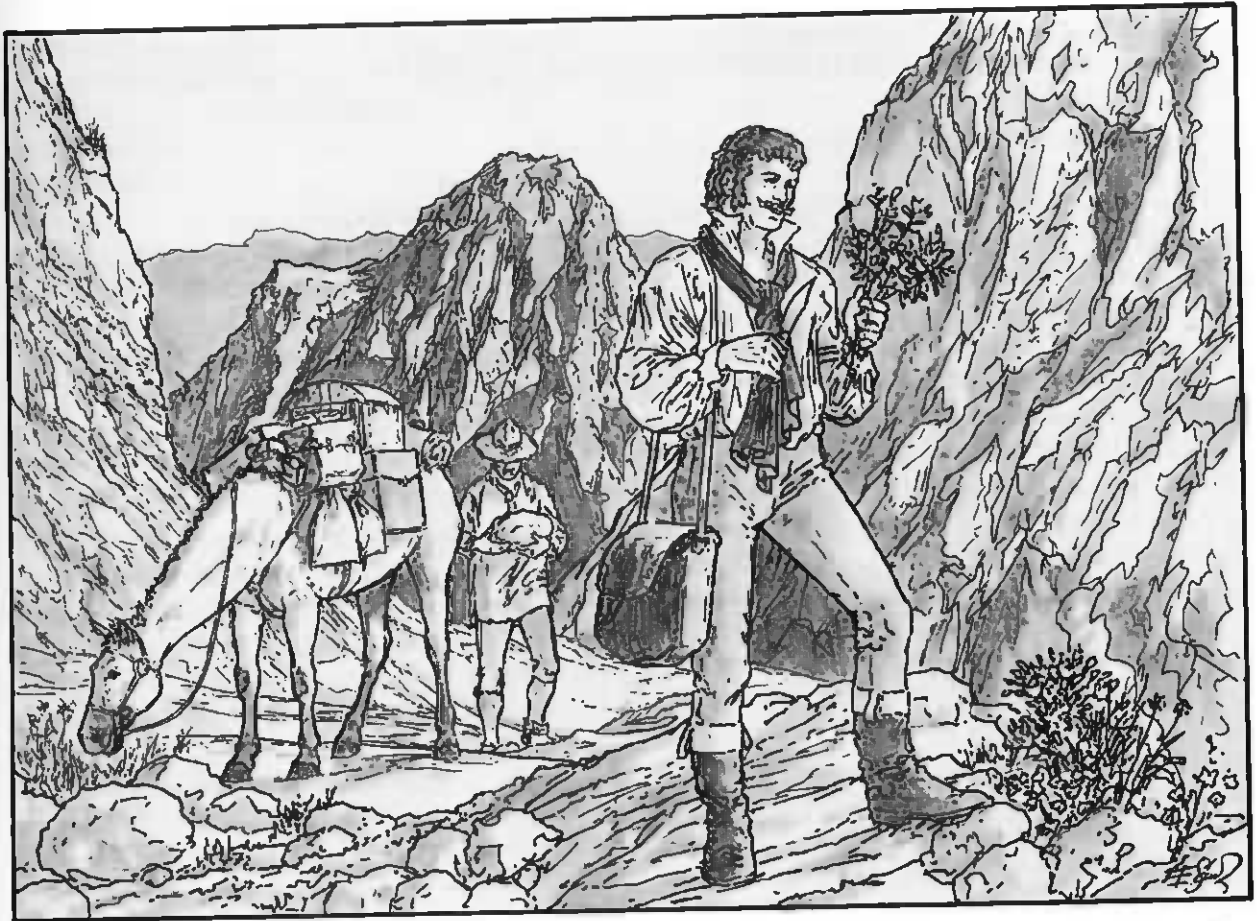
Naturalmente, también va recolectando algunas muestras florísticas de las muchas que abundan en el camino, alfombrando los sembrados y las faldas de los cerros, especialmente en las hondonadas o humedales. Por lo general se muestran todavía sin flor. Aunque vienen a ser las mismas especies que ya se habían reconocido en otros puntos de la comarca: cambrón, tueras, cardenchas, etc. Sin embargo, tal vez lo que más llama su atención es la abundancia de galápagos por todas partes: *«en los charcos de los barranquillos —consigna el viajero— vimos saltando muchos galápagos, que aunque abundan mucho en el País nadie los come, como ni a las tortugas que tampoco son raras»*<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> A.J.B.M. Fondos de Simón de Rojas Clemente, (I, 54, 2) p. 238.

<sup>2</sup> Ibidem, (I, 54, 1) p. 260.

<sup>3</sup> (I, 54, 2) p. 241.

<sup>4</sup> Loc. cit. p. 244.



Rojas Clemente recolectando plantas por las estribaciones de sierra de Bédar. (Dibujo a plumilla de Emilio Sánchez Guillermo)

En general —geológicamente hablando— llega a la conclusión de que en esta sierra todo es primitivo, como lo demuestra la proliferación de conchas marinas y otros fósiles. De su origen muy poco se sabe todavía, aunque Clemente no duda en, visto lo visto, ofrecernos sus propias conjeturas: «*así es colinoso un País extenso —nos dice—, que sería llano al retirarse el mar. Éste que dejó llano la Hoya de Baza, dejó también al retirarse llano este País y el cauce del río Almanzora, por el qual se retiraba, y así unía este llano y el de Baza, que siendo evidentemente, de una formación misma quedarían tal vez a nivel. Demuestra esto los restos submarinos que quedan a uno y otro lado de todo el río Almanzora*»<sup>5</sup>.

Con estas idas y venidas por los intrincados recovecos filabreses, el viajero pierde definitivamente el rumbo y acaba desembocando en el pueblo de Antas, que, como ya hemos dicho, está si-

tuado a una sola legua de Vera, final de trayecto. El viajero se encuentra invadido entonces por la fuerza de un ciclorama extrañamente curioso, en ningún caso desprovisto de una belleza casi brutal, y, desde luego, muy cómodo para el que tiene que recorrerlo a pie. En efecto: «*La legua de Antas a Vera es ya casi del todo llana (aunque se ven colinas muy inmediatas (sic) a uno y otro lado) excepto al salir de Antas donde le parece a uno entrar en Guadix por lo alto y numeroso de las terreras (que son arenoso-arcillosas sin cantos) que llegan a estrechar enteramte. el camimo, en las que se ven conchas embutidas, y entre las que suele haber algún bonito sembrado rodeado de ellas por todas partes*»<sup>6</sup>. Y, abundando en la contemplación de estas formaciones, el viajero no duda en añadir sus nuevas conjeturas: «*A la arcilla arenisca que se ve principalmte. hacia las terreras del río de Antas llaman en el País legano. La superficie de la llanura de Vera se ve en muchas partes cubierta con una lastra de marga endurecida, en que suele haber embutidos algunos cantos: en los campos cultivados se ven muchos fragmentos de esta lastra*

<sup>5</sup> Loc. cit. p. 238. En torno a esta cuestión, véase, entre otros textos modernos, CAMALICH MASSIEU, M<sup>a</sup> D. y MARTÍN SOCAS, D.: *El Territorio almeriense desde los inicios de la producción hasta fines de la Antigüedad. Un modelo: la depresión de Vera y cuenca del Río Almanzora*, Junta de Andalucía, Comisión de Cultura, Sevilla, 1999.

<sup>6</sup> Ibidem, p. 239.

que los cubría al parecer antes de ser rota: así es muy probable que todas las llanuras submarinas hayan quedado cubiertas al retirarse el mar de esta lastra margosa, último depósito del mar: tal vez todas las llanuras al menos en su parte exterior son submarinas. Pero en Vera y otras partes es menester distinguir esta lastra margosa que corona o cubre parte de la llanura de la otra pudingal que corona comunmente las colinas que la interrumpen, ambas resguardo de lo que cobijan contra el ímpetu de las aguas, lluvias y demás meteoros»<sup>7</sup>. Antas, en fin, es un pueblo que primordialmente vive de la agricultura, pero dispone también de una buena fábrica de salitre. Está situada a una legua de las faldas de Filabres y a otra de Vera, como ya se ha dicho<sup>8</sup>. Vera, por tanto, dista dos leguas de las estribaciones más orientales de la sierra de Filabres.

## II. SEGUNDA ENTRADA EN VERA. LA CIUDAD, LA VIDA, LA GENTE

Y, por fin, la ciudad de Vera<sup>9</sup>. Con el mal recuerdo del alojamiento obtenido en su primera visita a esta población hace tan sólo una semana, el Comisionado Real, Clemente, se dispone a iniciar el calvario de la puesta en práctica de su derecho a que se le proporcione un digno hospedaje. Las autoridades concejiles tienen la palabra. Y, al menos de entrada, parece ser que esta vez hay más suerte. Pero todo se tornará pronto en un enredo de boletas y escribanos, la verdadera plaga del Antiguo Régimen. El propio recién llegado lo describirá así: «Ahora el Corregidor (sic) mandó que se nos de un alojamiento decente y su Secretario nos echa a una casa en que había ya otro alojado; de aquí nos pasa a otra en que no hay cabida para nosotros ni para la bestia<sup>10</sup>; la Patrona lo representa así al Secretario y éste la consuela con decirle que nos vayamos al Mesón: nosotros acudimos al Secretario que nos dice estemos en la casa mientras no nos envía otra boleta, que eso de irnos al mesón no

lo había dicho de veras! Volvemos a la Patrona que nos insulta y no se atreve a volver al Secretario. Al fin nos quedamos en la casa. Los Secretarios o Escribanos son los amos de sus respectivos pueblos que devoran con la malicia más ingeniosa: ellos dominan a los Alcaldes tontos que son casi todos los del País, además de malvados comunmente.; dominan también a los Alcaldes hábiles y justos si es que hay alguno, porque quién será bastante hábil para evadir su astucia? Y quién dejará de temerlos? A pesar de que son sumamente ignorantes y bárbaros?»<sup>11</sup>. También abundan en Vera los empleados del Rey, es decir, los funcionarios de la administración estatal, que vienen a percibir entre todos unos emolumentos que rondan los 60.000 reales mensuales. Cantidad que ellos gastan totalmente en dicha ciudad, fomentando su industria y su comercio. Otro tanto ocurre en la vecina Cuevas<sup>12</sup>.

En fin, solventadas de algún modo las dificultades de intendencia y posada, Clemente se dispone a entablar un primer contacto con dos vecinos veratenses, cuya presunta ilustración y notorio apego a la cultura y al buen gusto ha motivado que él los lleve apuntados en su libreta de notas, como posibles guías de sus visitas a esta histórica ciudad y a su rica jurisdicción. Estos señores son: don Miguel Ramírez, del ramo del Comercio, y don José Flores, cura párroco y vicario de esta localidad.

Vera es una interesante ciudad litoral, que cuenta actualmente con unos dos mil vecinos; o lo que es igual, con unos 9.000 habitantes<sup>13</sup>. Aunque conviene advertir que, si no tanto como en Málaga, aquí también hizo estragos la última epidemia de vómito amarillo padecida el pasado año de 1804, la cual arrastró con la vida de unas «doscientas personas acomodadas y que pasaban de 40 años»<sup>14</sup>.

<sup>7</sup> (I, 54, 2) p. 241. Es de sobra conocido el retrato irónico, muchas veces sarcástico, que de estos influyentes plumíferos realizaron nuestros mejores escritores barrocos, desde Quevedo a Cervantes, pasando por los dramaturgos costumbristas. Para su funcionamiento y evolución histórica, vid. HERNÁNDEZ LÓPEZ, D.: «Los protocolos notariales del Archivo Histórico Provincial como fuente documental...», en *El Reino de Granada en el siglo XVII*. I. E. A. Almería, 2000, pp. 41-57.

<sup>8</sup> Ibidem, p. 246.

<sup>9</sup> El coeficiente comúnmente aplicado en la historiografía contemporánea para los vecindarios del Antiguo Régimen suele cifrarse en 4'5 habitantes por vecino. No cabe duda de que en la demografía de Vera ha incidido la corriente alcista que se ha experimentado en todo el país, sobre todo, durante la segunda mitad del siglo XVIII. En 1718-25 contaba con 672 vecinos (B. N., Ms. 2274); en 1760 ya se contabilizaban 1.338 vecinos (R. A. H., leg. 9/6358); y en 1768 —Censo de Floridablanca— la cifra se había consolidado en torno a los 8.090 habitantes (R. A. H., leg. 9/6222).

<sup>10</sup> Sorprende la calificación de «acomodadas» atribuida por Clemente a las personas fenecidas como consecuencia de la fiebre ama-

<sup>7</sup> Ibidem, pp. 257-259.

<sup>8</sup> En los resúmenes derivados de las encuestas relativas al Catastro de Ensenada, efectuadas en 1752, Antas aparece con la categoría de lugar o aldea, y su población se limita a 214 vecinos, cinco de ellos eclesiásticos. (R. A. H. Relaciones topográficas, leg. 9/6358).

<sup>9</sup> Efectivamente, según los resúmenes derivados del Catastro de Ensenada, Vera, ciudad realenga, es una de las cinco poblaciones del Partido de Baza que ostentan esta alta titulación. Las otras cuatro son: Huéscar, Purchena, Mojácar y la propia Baza. El resto lo componen 47 villas, 4 lugares (Antas, Bayarque, Bédar y Turre) y una Puebla: Puebla de Don Fadrique. (R. A. H., leg. 9/6358).

<sup>10</sup> Como dijimos en otro lugar, Clemente viaja, generalmente, con un caballo y un sirviente, un tal Miguel Esteban. Vid. *Axaquia*, nº 7, 2002, Parte Primera de este trabajo, p. 41, col. 2.

En cualquier caso, de los 672 vecinos censados en 1718, a los 2.000 que cita ahora Clemente, hay todo un camino creciente, en lo que al nivel demográfico se refiere, que tal vez marche acorde con la tendencia alcista que se ha experimentado en todo el País a lo largo de la centuria ilustrada. Durante este tiempo, la población ha aumentado más del 50 %<sup>15</sup>; aumento que, en cierto modo, vendrá a configurar la tipología de la población moderna o actual a nivel nacional, pero en el que, desde una perspectiva comarcal, tampoco sería justo desestimar otras variables específicas, como la reactivación económica apreciada, aquí y ahora, por el profesor Sánchez Picón, entre otros autores<sup>16</sup>.

El aspecto de la ciudad es pulcro y atractivo, disponiendo de un casco urbano bastante extenso, dado que «*las casas de Vera son las más de un solo alzado o determinado como dicen en esta Provincia y terradas con tierra roya*»<sup>17</sup>. El aseo de las casas y de las calles se realiza con escobas de palma, manufacturadas en el pueblo de Turre, principal industria del mismo, cuyo producto han conseguido exportar a todos los rincones de la provincia. En fin, al contrario que en la mayor parte de los pueblos de su entorno, «*en Vera hay alguna otra cueva*». Antiguamente, la primitiva ciudad de este nombre —«*Vera la Vieja*» la denomina el Abad Navarro<sup>18</sup>— estuvo ubicada en el cerro del Espíritu Santo, un lugar estratégico, a prueba de corsarios argelinos, que reunía todas las condiciones de habitabilidad exigidas por las difíciles circunstancias del momento histórico: agua potable a discreción, excelentes trazas defensivas, etc.<sup>19</sup>. Sin em-

rilla. ¿Acaso se libraron de ella los pobres de solemnidad? A pie de página, añade este mismo observador: «*Acabo de ver la noticia que acaba de publicar la Junta de Sanidad de Málaga sobre los efectos de la epidemia del verano último en aquella ciudad que tenía unas treinta y cinco mil personas y ha perdido casi la quinta parte de ellas*». (I, 54, 2) p. 248.

<sup>15</sup> Cfr. ANÉS, G.: *Economía e Ilustración en la España del S. XVIII*, Ariel, Barcelona, 1969, pp. 14-15.

<sup>16</sup> «*Los signos de reactivación en la centuria del setecientos son notorios en la expansión de los regadíos en las vegas del Almanzora, de Cuevas y Huércal-Overa, en los reales de Antas y Vera o en las nuevas roturaciones de Sierra Cabrera*». Además, el negocio de la barrilla y el relanzamiento de la actividad pesquera «*originaría una modesta repoblación de los parajes costeros de Jaravía o La Marina de Vera, donde en torno a la Atalaya de La Garrucha va aglutinándose una aldea de pescadores*». Vid SÁNCHEZ PICÓN, A.: «Crecimiento económico, Historia y medio ambiente en el levante almeriense». *Axarquía*, nº 2, 1997, pp. 17-20.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 245.

<sup>18</sup> NAVARRO, A.J.: «Plan de una historia de la ciudad y jurisdicción de Vera y pueblos vecinos que se han unido en la Real Sociedad Patriótica erigida en dicha ciudad». circa 1779, A. R. S. E. M., Ms. Leg. 28 (4).

<sup>19</sup> Mármol Carvajal, en pleno furor de las rebeliones moriscas —septiembre de 1569—, hablaba indistintamente de Vera la Nueva y

bargo, un terrible terremoto, ocurrido entre las 11 y las 12 de la noche del día 9 de noviembre de 1518, acabó con la ciudad<sup>20</sup>. El casco urbano actual, por tanto, es de nueva construcción, con origen posterior a la infausta fecha indicada. Y ahora, en 1805, alberga una población culta e industriosa, como lo demuestra el haber sido una de las primeras de España en erigir una Sociedad Económica de Amigos del País, en tiempos del rey Carlos III. Pero de eso se hablará a su debido tiempo. Prosigamos diciendo que la suya es gente que muestra buenas aptitudes para los trabajos agrícolas, y no desdeñables para la realización de ciertas manufacturas, como las textiles. Y además de esto, «*Vera es uno de los pueblos que da más marineros al Rey, y las mugeres de sus muchos Pescadores gastan su lujo y son aseadas*»<sup>21</sup>. Esta peculiaridad de la mujer veratense, en general, —agudeza y aseo— parece ser que ha calado hondo en la receptiva sensibilidad del recién llegado, por cuanto poco después insistirá sobre el mismo particular: «*es lástima —piensa en voz alta— no se promueva la aplicación ingeniosa de estas mugeres que se distinguen del común de las Granadinas por su aseo que les da también un buen parecer; entre su grosería se descubre viveza, genio y travesura*»<sup>22</sup>. En el día de hoy, descuellan entre las principales industrias extractivas de esta localidad las del salitre, sustancia que abunda extraordinariamente en sus alrededores y que ha propiciado la erección de trece fábricas, abiertas actualmente, y cuyo producto es exportado a Lorca y a otros centros de consumo. En resumen: «*Cada salitrería de Vera da unas 300 arrobas anuales que se llevan, como el demás salitre del río (Almanzora), al Reyno de Murcia*»<sup>23</sup>.

Sin embargo, esto no quiere decir que la presente hambruna que devora al resto del País no haya

Vera la Vieja: «*y no pudiendo tomar el castillo (de Cuevas) —escribía—, porque lo defendían los cristianos que se habían metido dentro, pasó a la ciudad de Vera, y el día de San Mateo, a 24 de septiembre, puso su campo sobre Vera la Vieja, y desde allí hizo una gran salva de arcabucería contra la ciudad de Vera la Nueva, que está a la parte de abajo*». MÁRMOL CARVAJAL: «Historia del rebelión y castigo de los moriscos de Granada», Libro Séptimo, Capítulo VIII. Cfr. GRIMA CERVANTES, J.: «Aben Humeya y el cerco de Vera de 1569». *Axarquía*, nº 1, 1996; y SÁNCHEZ RAMOS, V.: «Vera y la estrategia de Abén Humeya». *Axarquía*, nº 6, 2001, pp. 36-51.

<sup>20</sup> Vid. GARRÉS Y SEGURA, E.: *Historia de la M. N. y M. L. Ciudad de Vera*. Vera, 1908; TAPIA GARRIDO, J.A.: *Historia de Vera y su Comarca*, Almería, 1987; y ANDRÉS UROZ, M<sup>o</sup> L.: «El abastecimiento público de agua en Vera durante la Edad Moderna». *Axarquía*, nº 6, 2001, pp. 62-72.

<sup>21</sup> (I, 54, 2) p.245.

<sup>22</sup> *Loc. cit.*, p. 248. Evidentemente, «*grosería*» aquí es sinónimo de falta de cultura: falta de ilustración, en suma.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 250.



Las capturas de pescado en la cercana costa paliaron la terrible hambruna que se padecía en la comarca de Vera cuando Rojas Clemente la visita. (Dibujo a plumilla de Emilio Sánchez Guillermo)

sentado sus reales también en esta comarca, donde consta que algunos se han llegado a alimentar con yerbas jamás comidas anteriormente, como hinojos y cardillos<sup>24</sup>. Y eso que la presencia del pescado capturado en las costas inmediatas ha paliado en parte esta aguda necesidad. En cualquier caso, aunque siempre se había amasado aquí, como en Albox y otros pueblos de su redonda, pan de cebada, ahora se ha incrementado mucho más su consumo, debido a las escaseces y carestías reinantes. Sirva como botón de muestra la dieta alimenticia de un trabajador del campo, para todo un día: «*el Labrador come por la mañana unas gachas migas y se va al campo con un puñado de higos, vuelve a casa por la noche y come su olla*». En fin, gracias sean dadas a la feliz ubicación costera de esta ciudad, pues, al contrario que en otros pueblos, «*las producciones del mar han sido de mucho socorro este año en Vera*»<sup>25</sup>. Una ubicación no aprovechada en toda su enorme potencialidad, pues cierta-

mente «*el embarcadero que tienen en la Garrucha les sería mucho más útil si pudieran usar de el en ymbierno; pero falta entonces camino porque se encenaga y alaguna todo, lo que es lástima no se remedie haciendo uno sólido*»<sup>26</sup>. Y a propósito de la producción marina, parece ser que últimamente se han descubierto en estas costas unos buenos bancos de coral, explotados por patrones catalanes, que se han dedicado a extraerlo durante algunas temporadas. Y con halagüeños resultados, según el sentir callejero: «*En Vera —asegura el comisionado real— me han enseñado pedazos de verdadero coral dados por los catalanes que vinieron, dos o tres años seguidos a pescarlo delante de la Torre de Masena. Es el primer coral que sepa criarse en la costa de esta Provincia, donde suele tomarse equivocadamente. por tal algún otro zoofito como aquella grande especie de Almería y otras que suelen sacar los pescadores en las redes y panales. Los naturales dicen de estos zoofitos que son corales en bruto, o con corteza. En Cuebas me asegu-*

<sup>24</sup> Ibidem, p. 230. Vid. GUIL GUERRERO, J. L.: «Plantas silvestres comestibles del Bajo Almanzora». *Avarquía*, nº 4, 1999.

<sup>25</sup> (I, 54, 2) p. 246-7.

<sup>26</sup> Ibidem, p. 250.

*ran que también suelen pescar los catalanes bastante coral en la Torre de Villaricos»<sup>27</sup>.*

Por otra parte, pese a disponer de un convento de Mínimos y de su correspondiente cupo de eclesiásticos seculares, Vera no es un pueblo en que éstos y aquéllos se dejen notar demasiado, en oposición a Cuevas, donde hay muchísimos curas y frailes<sup>28</sup>. Por esta razón, tal vez, «*Cuevas tiene en Vera fama de muchos haraganes*»<sup>29</sup>. A pesar de todo, durante algún tiempo no demasiado lejano, un cura trató —y probablemente lo logró— imponer unas normas de conducta muy restrictivas, metiendo en un puño opresor las vidas y las conciencias de los ciudadanos veratenses. Los bailes, las representaciones teatrales y las playas fueron tres de sus objetivos predilectos, taladrando con su dedo inquisidor a los contraventores de su estragada ordenanza. Este cura metomentodo pudo serlo el Vicario General, don Diego Miguel García Reynoso, primer director de la Sociedad Económica de Amigos del País en 1776. Jorge y Paula Demerson afirman al respecto: «*No hace falta aducir otros ejemplos, cosa harto fácil, para dar a entender que en el Real Cuerpo de Vera flotaba un fuerte olor a incienso. En realidad, como era natural dada la época considerada, ese olor se respiraba en la ciudad toda*»<sup>30</sup>. Así, de entrada, los celeberrimos bailes populares, como los de Ánimas, fueron desvirtuados en buena medida: «*Aquí se tiene por indecente —según las noticias recogidas por Clemente— el uso de abrazarse al acabar de baylar, y que reprueban en los Alpuxarreños y demás; pues parece ser (costumbre) general fuera de aquí en todas las Andalucías. Suponen que se usaba antes en Vera, y que un cura pudo extinguirlo para siempre*»<sup>31</sup>. El mismo cura, tal vez, que intentó arrancar

<sup>27</sup> Ibidem, p. 248.

<sup>28</sup> Datos derivados del *Catastro* de Ensenada —circa 1752— asignan a Vera 1.338 vecinos, 29 de ellos, eclesiásticos; mientras que la villa de Cuevas aparece con 1.302 vecinos, 47 de ellos, eclesiásticos. (R. A. H., leg. 9/6358).

<sup>29</sup> Ibidem, p. 245.

<sup>30</sup> DEMERSON, P. y J.: «La Sociedad Patriótica de Vera y su jurisdicción (1775-1808)», A. de H. C. Granada, nº 11, 1984, p. 95.

<sup>31</sup> Ibidem. «*El abrazo*», en efecto, era un rito generalizado en todo el Sureste. De su importancia costumbrista nos da fe el mismo Clemente: «*No se ha de omitir el uso de Baza particular del día de Navidad y de Inocentes. Va el Hermano de las Ánimas a los Bayles, y pujan los hombres por estorbar que el que saca la Muger al bayle, bayle con ella o le de el abrazo de costumbre. El que más puja queda airoso: ha habido en Zújar hombre que ha pujado dos fanegas de trigo por dar un abrazo, y en este año, sirviente que por estorbar que otros bailasen con su novia ha pujado en una noche tres duros, teniendo a sus Padres enfermos y a estos y a sus hermanitos desnudos y muertos de hambre*». (I, 54, 1) p. 91.

del acerbo cultural veratense una de sus joyas más preciadas y entrañables; pues, al decir del viajero Clemente, el pueblo se sentía muy orgulloso de poner en pie, anualmente, esta tradición inmemorial: «*Tal vez es ya Vera —nos cuenta nuestro siempre mesurado inquiridor— el único pueblo de España en que por Semana Santa se representan al vivo todos los misterios de la Vida de Xto., desde la promesa de Abraham hasta la Resurrección. Todos los Pueblos vecinos acuden a ver la función y nada hay en Vera fuera de esto que merezca atención alguna se dice en el País. Un vicario suyo trató de quitarla, y fue menester desistir porque se levantaba Vera, que creería no existir ya Dios si la función dejaba de hacerse*»<sup>32</sup>. Por último, también se ha conseguido —y no sin éxito, en esta ocasión— atacar de frente una arraigada costumbre en esta población: los reconfortantes baños de mar en las playas de Garrucha. Veamos cómo ha quedado plasmada la cuestión en el cuadernillo de Clemente: «*En Vera son aficionadísimos a bañarse, y concurren a este recreo infinitos en la Garrucha, donde algunos hacen de paso el contrabando. Pocos años ha se bañaban juntos hombres y mugeres quantos llegaban, aquellos con sus calzoncillos y a veces también camisa, y estas con sus enaguas camisa y toalla que cubriese el pecho. Pero las Mugerres procuraban que estas ropas fuesen lo más delgadas posible. Ahora asiste tropa a los baños que cuida se recreen aparte cada sexo*»<sup>33</sup>.

### III. AIRES DE ILUSTRACIÓN EN VERA. LA SOCIEDAD PATRIÓTICA Y EL FOMENTO DE LA ACTIVIDAD ECONÓMICA COMARCAL

La Sociedad Económica de Amigos del País, la primera erigida en el Reino de Granada y una de las pioneras en toda España, fue inaugurada en 1776, en pleno fervor ilustrado carlotercista<sup>34</sup>. Un

<sup>32</sup> (I, 54, 2) p. 245. Tenemos noticia de que estas funciones se continuaron representando en otros lugares de la región, como Mojácar. Vid. CARRILLO CARRILLO, G.: «Mojácar, usos y costumbres», *Azarquia*, nº 2, 1997, pp. 122-123. En cuanto al Vicariato del distrito de Vera, parece ser que es su titular, en estos años de entresiglos, don Antonio Alcaina Guirao, cura párroco de Cuevas. Natural del pueblo de María, Alcaina será elegido diputado por Granada en las Cortes de Cádiz de 1812, representando al ala más conservadora e integrista de aquella avanzada institución; personalidad, por cierto, que cuadra perfectamente con las impresiones captadas por Clemente a su paso por esta comarca. Vid. TAPIA GARRIDO, J. A.: *Almería, hombre a hombre*. Almería, 1979, p. 140.

<sup>33</sup> Ibidem, p. 264.

<sup>34</sup> Para las vicisitudes fundacionales y andanzas posteriores, véase, especialmente, DEMERSON, P. y J.: *Op. Cit.*; CASTELLANO CASTELLANO, J. L.: *Luces y reformismo: Las Sociedades Eco-*



Costumbre muy arraigada entre las gentes de Vera de tomar los baños en La Garrucha, hombres y mujeres juntos, para escándalo de algún que otro clérigo moralista. (Dibujo a plumilla de Emilio Sánchez Guillermo)

grupo de ciudadanos entusiastas de las luces y del buen gusto, presididos por el antiguo catedrático de Teología Moral de la Vicaría de Vera —y a la sazón cura de Vélez Rubio—, Antonio José Navarro, canalizaron un sinfín de fuerzas dispersas y, todos a una, lograron implantar la atrevida empresa que pretendía ser, y en cierto modo fue, la Sociedad Económica. Durante quince años, de 1775 a 1790, Vera vivió un espíritu nuevo y estuvo en contacto permanente con las corrientes de pensamiento y acción más vanguardistas del momento ilustrado<sup>35</sup>. A partir de 1790 la Sociedad comenzó a desfallecer paulatinamente, hasta llegar al estado de nulidad real en que la encuentra Simón de Rojas Clemente, en 1805. Pese a lo que digan Paula y Jorge Demerson, en estos años inaugurales del Si-

nómicas de A. del P. del Reino de Granada, en el siglo XVIII, Granada, 1984; y GUILLÉN GÓMEZ, A.: *Ilustración y reformismo en la obra de Antonio José Navarro, Cura de Vélez Rubio y Abad de Baza*. I. E. A. y Revista Velezana, 1997.

<sup>35</sup> Uno de los socios correspondientes de la Económica de Vera, en 1775 fue el gran ilustrado don Bartolomé Cervantes, entonces cura de la parroquial de Sorbas, y ahora vicario de Albox, al que conocerá personalmente Simón de Rojas Clemente, a su paso por dicha villa ribereña. Vid. DEMERSON, J. y P.: *Op. cit.*, p. 83.

glo XIX la Sociedad veratense, como muchas otras de su entorno geográfico, ya era poco más que un exquisito cadáver<sup>36</sup>. De aquellas brillantes aulas científicas de los años cimeros, apenas quedaba ahora «un buen Preceptor de Gramática muy acreditado»<sup>37</sup>. Y poco más.

No obstante, algo del espíritu utilitarista de la Ilustración, o al menos su impronta, sí era posible detectar por las calles de Vera, cuando las recorre el viajero Clemente. En este sentido, el susodicho queda gratamente impresionado, ante la altísima calidad que las manufacturas textiles locales —eminentemente femeninas— pueden ofrecer a las exigencias del mercado, con la excelente materia prima que supone el algodón cosechado en estos campos, y más especialmente en los de Cuevas. Lásti-

<sup>36</sup> «La "Guía de Forasteros" —afirman los Demerson— atestigua su funcionamiento hasta 1808, año en que casi todos los cuerpos económicos del Reino dejaron de existir o suspendieron sus actividades. Se restableció en 1816, pero sobre nuevas bases y con una filosofía distinta. Creada cuarenta años antes, la auténtica Sociedad de Vera, la "Primogénita" en que se complacía Carlos III, había muerto ya para siempre»; DEMERSON, P. y J.: *Op. cit.*, p. 78.

<sup>37</sup> (I. 54, 2) p. 248.

ma que las piezas salgan tan caras y tan desprovis-  
tas de fuerza para competir: «En Vera y Cuevas —es-  
cribe el comisionado real— es notable la industria de  
hacer medias de seda, hilo y principalmte. de al-  
godón que llegan a sacar bastante finas y sobre  
todo muy durables y aun vistosas: y la de tejer ri-  
cas colchas y muy buena ropa de mesa y otros lien-  
zos spre. muy durables y a veces también muy vis-  
tosos y finos. Todo esto es obra de las Mugerres en  
que nada entienden los Maridos: ellas lo hilan todo  
con su rueca y tejen con el telar que cada una pro-  
cura tener en su casa, y hacen sus medias con agu-  
jas: para colorar sus hilos los embían a Cartagena.  
Hay muger que gana con estos arbitrios tanto como  
su marido. Pero estas manufacturas como se ha-  
cen por medios tan sencillos salen muy costosas:  
la sociedad económica de esta ciudad (la primera  
establecida en esta Provincia) dio años ha algu-  
nos tornos de hilar, pero las mugeres no se halla-  
ban bien con ellos y volvieron a su rueca<sup>38</sup>. La So-  
ciedad se puede decir que ya no existe, pues nada  
hace, ni siquiera celebra juntas, sino muy raras  
mucho tpo. ha. Así nadie hay que auxilie la indus-  
tria de las Mugerres de Vera, ni siquiera ensaye a  
poner en concurrencia los artículos de ella en mer-  
cado alguno para asegurarles el despacho. Es ver-  
dad que en mi opinión tal vez ninguno o raros go-  
zarían preferencia por lo caros que salen: un par  
de medias. Vgr. de las mejores sale por dos pesos,  
sin dejar casi ganancia a la artista, y aunque mu-  
cho más durable que la más fina inglesa, es muy  
inferior a esta en vistosa y fina. El que las Mugerres  
sean las manufactureras hace menos costosos es-  
tos artículos, porque el trabajo de las Mugerres spre.  
tiene menos valor. Así sus colchas y otras telas sin  
duda tendrían salida si se supieran llevar donde  
conviene, y las primeras una vez que mejorasen  
los dibujos serían tapete o alfombra dignos de un  
Príncipe»<sup>39</sup>.

Todavía perduran también las manufacturas de  
esparto, tan apoyadas y promocionadas, en su mo-  
mento, por los miembros de la Sociedad Económi-  
ca. Ahora, un buen número de particulares conti-  
núa trabajando esta popular planta textil y envían-  
do sus productos al extranjero<sup>40</sup>. Y, por supuesto,

<sup>38</sup> Vid. GUILLÉN GÓMEZ, A.: «Pobres, vagos, malentretrenidos y Despotismo Ilustrado en la región veratense: la explotación del esparto como solución a un problema ancestral», *Axarquía*, nº 6, 2001, pp. 52-61.

<sup>39</sup> (I, 54, 2) pp. 247-8.

<sup>40</sup> Ibidem. Vid. GUILLÉN GÓMEZ: «Pobres, vagos, malentretrenidos...». En efecto, el Censo de Frutos y Manufacturas elaborado en torno a 1798 cita a la ciudad de Vera, como uno de los

en Vera, gracias a la excelente cosecha de barrilla  
que se colecta en su término, también se fabrica un  
buen jabón blanco o de piedra, para el uso exclusi-  
vo de la vecindad. Pero con un poco de perspicacia  
comercial podría incrementarse esta fabricación.  
Y esto es incuestionable, puesto que «sus barrillas  
van a Lucena, Málaga y otras partes para hacer  
jabón. ¿Por qué no hacen mucho jabón de piedra  
en Vera que extraigan para América etc. como ha-  
cen los de Lucena, ya que tienen la barrilla, cal, y  
en algunos años les da el río Almanzora mucho  
aceite, casi tan barato como el de Sevilla y Córdo-  
ba? Y por qué en estos Países de tanta barrilla no  
se establecen fábricas de cristal? Y vidrios?»<sup>41</sup>.  
Respecto a la producción de barrilla, un artículo  
que venía siendo de suma importancia para la eco-  
nomía de la región, al menos desde los primeros  
años del siglo XVIII —si nos atenemos a las noti-  
cias directas que nos han transmitido autores como  
el gran Gerónimo de Ustáriz— la demanda había  
continuado aumentando por parte de las fábricas  
de cristal, tanto españolas como extranjeras<sup>42</sup>. Pero  
la avaricia rompe el saco, según el popular dicho  
callejero. En efecto, desde algún tiempo a esta par-  
te, los productores de Vera cayeron en la trampa de  
adulterar este precioso artículo exportable, lo que  
ocasionó también, si no una caída vertiginosa de la  
demanda, sí las quejas fulminantes de algunos com-  
pradores, como los propios ingleses. La triquiñue-  
la consistió en añadir a la pasta de la barrilla, du-  
rante el proceso de cremación, un mineral produ-  
cido en algunos de estos cerros, como La Herrería  
y Montroy. Se trata concretamente del esparto  
barítico, popularmente conocido en este país como  
«serriche». Desde siempre, los barrilleros habían  
añadido arena a la barrilla durante la combustión,  
lo que lejos de perjudicarla, beneficiaba a la piedra  
resultante. Parece ser que uno de estos barrilleros,  
no encontrando arena a mano, echó lo primero que

centros esparteros más importantes del Sur, junto a sus coterráneas  
Guadix y Almería. Vid. *Censo de frutos y manufacturas de España e  
islas adyacentes*, Madrid, Imp. Real. 1803. Sobre el esparto, como  
histórica fuente de riqueza en el Sureste, véanse GÓMEZ DÍAZ, D.:  
*El esparto en la economía almeriense*, Almería, 1985; y SÁNCHEZ  
PICÓN, A.: *La integración de la economía almeriense en el merca-  
do mundial (1778-1936)*, (en especial, el capítulo V). I. E. A., 1992.

<sup>41</sup> Ibidem, p. 250.

<sup>42</sup> «Assi mismo —escribía este economista hacia 1723— se em-  
barcan considerables cantidades —de barrilla— en el Puerto de  
Almería, Playas de Vera y Quevas, Playa y Torre de las Aguilas,  
Almazarrón», etc., de la gran cosecha producida en estas tierras del  
Sureste; en UZTÁRIZ, G. de: *Teórica y práctica de Comercio y de  
Marina*, Madrid, 1742, pp. 286-288. Y según el Abad Navarro, los  
puertos de extracción más importantes para este producto eran La  
Cabanera y La Calica, cerca de Vera. Vid. GUILLÉN GÓMEZ, A.:  
«Ilustración y Reformismo...», p. 54.



encontró, y ello fue casualmente unas piedras de serriche, tras haberlas machacado y acribado. Fue entonces cuando descubrió sus admirables efectos, respecto al gaje obtenido, aumentando considerablemente su peso, en beneficio obviamente del productor; pero en detrimento de la calidad intrínseca del producto. Inmediatamente, esta mixtificación fue copiada por los barrilleros de los pueblos comarcanos. Pues puede asegurarse que en Vera, Huércal, Cuevas y Pulpí «han adulterado y desacreditado mucho en el comercio sus barrillas por hecharlo en ellas al tpo. de quemarlas con el objeto de facilitar el que cuajen y de aumentar su peso. Así los Barrilleros han cargado con los pedazos sueltos —de serriche— que habían dejado los Mineros, y han seguido también alguna veta. Parece que ha unos diez años que empezó este fraude introducido no sabemos cómo, el qual en estos últimos años ha llegado a un abuso escandaloso». De ahí que el resultado no se hiciera esperar: «El comercio inglés dio quexa formal al (intermediario) de Lorca porque las barrillas adulteradas les estropeaban las calderas, etc. El Gobierno ordenó con penas (parece que unos dos años ha) no se hechase serriche en la barrilla. Esto y la facilidad con que se conoce el fraude por la inspección de la barrilla adulterada y por su peso extraordinario, han retraído casi enteramente, de este abuso a los Barrilleros»<sup>43</sup>. Los chanchullos de los intermediarios lorquinos, por otra parte, también habían sido criticados ya por el Abad Navarro, pocos años atrás, al obligar aquéllos al cosechero con sus contratos leoninos. «La barrilla —escribía el gran ilustrado comarcal— es la cosecha más útil de estas Costas, es el remedio de los labradores en los años malos; pero su comercio tiene mil estorbos, particularmente, en Lorca, en donde los Labradores y la insaciable codicia de los Comerciantes, hacen que desde antes de nacer esté sujeta a la voluntad del Mercader, que la paga como quiere, siendo dueño de poner el precio a los géneros que da al Labrador (a cambio) y a los que recibe en pago»<sup>44</sup>.

Ni que decir tiene, la agricultura sigue siendo todavía la base de la economía veratense, con buena cosecha de cereales y de otros productos, aparte de la barrilla, como el algodón, e incluso algo de lino (cosecha esta última que sí es verdaderamente importante en Cuevas y en otros puntos del río Almanzora). En fin: «la cebada, la barrilla y el

trigo son las grandes cosechas de Vera, aunque varían mucho y son poco seguras, porque las lluvias escasean mucho casi siempre, y tienen poquísimos regadíos —sacado de algunas cimbras en el río Antas, de algunas fuentes y de algunas norias que parece podrían multiplicarse mucho—. Su jurisdicción es toda de terreno laborizable en el que hay excelentes cañadas que cuando aciertan dan prodigiosamente»<sup>45</sup>. Pero en este apartado hay que dedicar una atención especial al cultivo de las higueras, que en Vera son objeto de un cuidado muy particular, hecho que se traduce en la excelente calidad alcanzada por su fruto, los exquisitos higos y brevas, tal vez los mejores del país. Esta peculiar habilidad la resume el estudioso Clemente en las siguientes palabras: «En Vera ponen una sarta de cabrahigos a todas las higueras luego que el cabrahigo está maduro, y si tienen muchos van poniendo nuevas sargas a las higueras mientras sus higos van madurando. De cada cabrahigo sale una infinidad de mosquitos y solo uno entra en cada higo; por la flor del cabrahigo salen y por la flor o punta del higo entran. Crían con este objeto las cabrahigueras en el mismo higueral y observan que las higueras inmediatas a las cabrahigueras reciben particular beneficio en su fruto de esta intermediación, prescindiendo del que toman de las sargas de cabrahigos que también les cuelgan. Yo abrí un cabrahigo y le hallé lleno de granitos sostenidos todos por un piececito de cuya extremidad salen 4-5 lacinias que rodean el granito: además vi dentro del cabrahigo que hacia su punta todo eran piececitos como los otros, pero que en lugar de huevos sostenían 4 santheras de cuyo polen se carga sin duda el insecto al salir para llevarlo luego al higo, cuyos pistilos fecundan en él. He aquí porque el cabrahigo no madura pues todo en él es masculino, y el higo tampoco madura bien ni se afirma, antes cae muy pronto del árbol si no se le aplican cabrahigos que lo fecunden»<sup>46</sup>.

Dispuesto a no dejarse ni un palmo de terreno sin revisar, Clemente toma la ruta del sur y trepa al inmediato Cerro del Espíritu Santo, atraído por las ruinas de «Vera la Vieja», no menos que por la intuición del soberbio panorama de todo el sureste que la cima del citado cabezo será susceptible de brindar, tanto al que viaja por puro placer, como al que lo hace por intereses científicos. La vista ser-

<sup>43</sup> Ibidem, pp. 263-4.

<sup>44</sup> GUILLÉN GÓMEZ, A.: *Op. cit.*, p. 157.

<sup>45</sup> Ibidem, p. 250; vid. ANDRÉS UROZ, M.<sup>a</sup> L.: «El abastecimiento público de aguas en Vera durante la Edad Moderna», *Axarquía*, n.º 6, 2001, pp. 62-72.

<sup>46</sup> Ibidem, pp. 245-6.



Rojas Clemente en su ascensión al Cerro del Espíritu Santo atraído por las ruinas de Vera la Vieja.  
(Dibujo a plumilla de Emilio Sánchez Guillermo)

virá, desde luego, para despejar muchas dudas acerca de la geografía de la región, pues los mapas de Tomás López, tal vez lo más fiable en aquel momento sobre el particular, también están plagados de errores<sup>47</sup>. La cima aparece coronada por la antigua alcazaba medieval y allí se encarama Clemente para describirnos su «Vista del horizonte de Vera, desde el castillo y cerro del Espíritu Santo que está contiguo a ella»<sup>48</sup>. El soberbio panorama que desde esta altura se despliega a la contemplación del excursionista es francamente espectacular. Empezando la vuelta del horizonte por el Este, la vista

tropieza con el mar, que por espacio de una legua, se extiende plácido y luminoso hacia el Sur, allá donde se levanta el caserío mariner de la Garrucha, a una legua de distancia de nuestro improvisado mirador. En ese punto comienza a emerger la imponente mole de Sierra Cabrera, que se adentra hacia el Mediodía por espacio de unas cinco leguas. Encumbrada en su punta más oriental aparece la blanquísima población de Mojácar. Y dejando a sus pies el fértil campo de Antas, sigue a esta cadena montañosa, siempre hacia poniente, la Sierra de Baza o de Filabres, que se alarga hasta las inmediaciones de Guadix, ocupando en su recorrido el mayor trecho del horizonte divisable desde nuestro privilegiado punto de mira. Por detrás de ella, a su mitad aproximadamente, aparece la solitaria y empingorotada Tetica de Bacares. Torciendo después hacia el norte, ocupará el horizonte por espacio de dos leguas la Sierra de Almagro; mientras que, emergiendo a su espalda, pugna por hacerse un sitio en la distancia la Sierra de Enmedio, algo más corta que la que le precede. Siguiendo la dirección nordeste, sigue a estas dos la Serrata de Montroy, que, con su amplia legua de longitud,

<sup>47</sup> Así lo había juzgado también el Abad Navarro, cuyos dieterios sigue Clemente al pie de la letra: «El mapa de España que ha dado D. Thomás López —escribió Navarro—, geógrafo de S.M. ha purgado nuestra geografía de algunos defectos, pero ha dejado muchos y ha incurrido en otros», NAVARRO, A. J.: *Plan de una historia de la ciudad de Vera...*, locus cit. Vid. también SEGURA GRAIÑO, C.: *Diccionario Geográfico de Tomás López*. Almería, Almería, Diputación Provincial, 1985.

<sup>48</sup> (I, 54, 1) pp. 134-5. «El nombre de Cerro del Espíritu Santo le viene de haberse instalado una ermita con este nombre en el interior de uno de los aljibes del recinto murado, ubicado en la ladera S. E. del monte»; Vid. MARTÍN GARCÍA, M.: «Notas para el estudio de la Arquitectura Militar en la zona de la Axarquía almeriense (Siglos VIII al XVIII)», *Axarquía*, nº 2, 1997, p. 92.

acaba casi zambullida en el mar por su punta más oriental, y dista aproximadamente una legua del Cerro del Espíritu Santo. En fin, y como atinadamente resume el buen observador Clemente, «*el centro de esta vista es un campo circunscrito por el mar y por las sierras referidas, que tiene de E. a O. más de tres leguas a lo largo; y de N. a S. más de dos. Las sierras son de una regular elevación. La de Cabrera algo más alta. Y la Teta de Filabres (sic), aunque a lo lejos es más alta que todas.*». También le parece intuir, al noroeste, detrás de las alturas de Filabres, algunas estribaciones de la Sierra de María.

#### IV. UN PASEO POR LAS CERCANÍAS DE VERA. VILLARICOS Y LAS RUINAS DE URCI (20 DE MAYO)

«*Hoy salimos por la madrugada y cruzando por hermosos trigos y cebadas la llanura de Vera y al fin el río Almanzora nos pusimos junto a la Torre-castillo de Villaricos, que está en medio de las ruinas de Urçi y distante una larga legua de Vera. La llamamos así (torre-castillo) porque construida por el mismo gracioso estilo y por el mismo Autor que la de Masenas participa de Castillo y Torre pudiendo así llevar cañones aunque no los tiene*»<sup>49</sup>. El camino hasta este punto ha sido ameno y tranquilo, pues incluso el paso del río —el traidor Almanzora—, ya casi a la altura de su encuentro con el mar, no ha entrañado ninguna dificultad. Todo lo contrario: «*llevaba agua por donde lo pasamos proveniente de una fuente que está un poco más arriba; pero frente al Cabezo Negro (o de las Herrerías) por donde lo pasamos luego, iba enteramente seco, a pesar de un invierno pasado tan húmedo. Así este río quedaría en ramblón traydor, desde que nada le contribuyen las nieves derretidas de Bacares, si no fuera por las muchas fuentes que nacen junto a su cauce y que aprovechan bastante bien los moradores de sus riveras. Sus fuertes avenidas de invierno han destruido muchos campos del término de Cuevas, pues este río que ahora lame en su último medio ~ de legua la falda occidental de la Serrata de Montroy, y se va acercando acia ella no ha mucho que ha corrido un buen trecho más al Poniente y ha formado así un vasto y estéril arenal*»<sup>50</sup>. Respecto a la Serrata de Montroy, Clemente hace la siguiente advertencia: «*Así la llaman los Marinos y los del País,*

*Almagrera*». Parece ser que, en la actualidad, el nombre de Montroy ha quedado relegado en exclusiva para un pequeño cerrete de 78 metros de altitud, situado a unos 500 metros al norte de Villaricos, el cual constituye la estribación más occidental de la Sierra Almagrera, dominando perfectamente la desembocadura del Almanzora y la zona minera de las Herrerías.

Así se encuentra plantado frente a las debatidas ruinas de Urçi, tal vez, el topónimo más discutido y discutible de toda la antigüedad. El Abad Navarro le dedicó muchas páginas manuscritas y muchos paseos sobre el terreno, a lo largo de su apretada vida de estudio<sup>51</sup>. Desde sus primeros años de ejercicio profesional en Vera, no tardó en hacer público su futuro programa, escribiendo el *Plan de una historia de la ciudad y jurisdicción de Vera*, año 1779. Allí nos deja patente su inquietud al respecto: «*El desgraciado escritor de las antigüedades de Lorca pone en Águilas el famoso Urçi*»<sup>52</sup>. *El pensamiento no es disparatado, las pruebas son más de su ignorancia en la numismática y Geografía antigua que de su intento. El P. Maestro Flórez pone a Urçi en los Villaricos, una legua de esta ciudad cerca del mar por la Calica. Las ruinas y vestigios que quedan de una gran población, las monedas que se hallan y la conformidad que se encuentra del sitio en lo que Plinio y Estrabón dicen de Urçi le movieron a ello. Pero ¿no podrá establecerse allí Barea? Nuestra ciudad no fue oscura en la antigüedad. Su clero envió un presbítero al Concilio Eliberitano y el sitio que hoy ocupa, ni Vera la Vieja manifiesta que pudo estar aquí la antigua Barea, ni en el hundido con el terremoto que dice Mármol padeció en el siglo diez y seis. Convenía que se averiguase con prolijidad este punto que ilustrará la historia de nuestro país*»<sup>53</sup>. Y consecuente con este principio, él, Navarro, fue el primero en llevar aquella idea a la práctica, pues, como dijimos antes, invirtió muchas horas de su vida en despejar esta incógnita apasionante, estudiando *in situ* los escenarios en cuestión e incli-

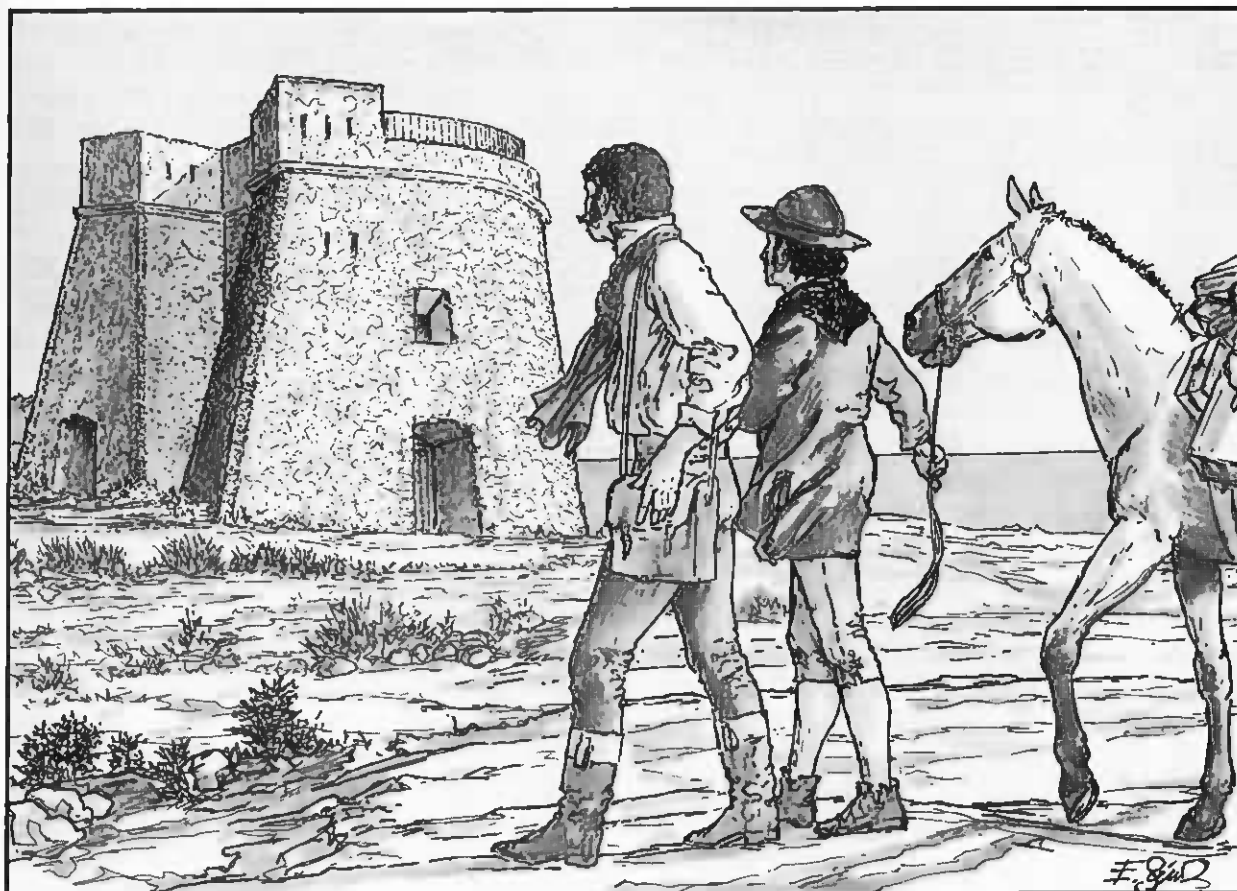
<sup>49</sup> Sorprende sobremanera, por tanto, que un buen trabajo de investigación sobre este tema, aparecido últimamente en *Axarquía*, no cite para nada al gran investigador de esta cuestión, el cual no fue otro que Antonio José Navarro; y sí a otros segundones, como Magaña Visbal, quien no hizo más que copiar los hallazgos del Abad. Vid. CASADO BAENA, M.: «En busca de la Urçi de Plinio y Ptolomeo, ciudad perdida en la Historia». *Axarquía*, nº 6, 2001, pp. 13-19.

<sup>52</sup> Se refiere al P. Morote, autor de un texto farragoso e indigesto para el rigor histórico exigido en un ilustrado. MOROTE PÉREZ CHUECOS: *Antigüedades y blasones de la ciudad de Lorca*, Murcia, 1741.

<sup>53</sup> A. R. S. E. M., leg. 28 (4).

<sup>49</sup> (I, 54,2) p. 225. Vid. MARTÍN GARCÍA, M.: Op. cit., *Axarquía*, nº 5, 2000, p. 165, «Torre artillada de Villaricos o del Cristal».

<sup>50</sup> *Ibidem*, pp. 251-2.



Llegada del viajero Clemente a las inmediaciones de la torre-castillo de Villaricos, en busca de la mítica ciudad de Urçi.  
(Dibujo a plumilla de Emilio Sánchez Guillermo)

nando su balanza, al final, hacia el Puerto de las Águilas, como ciudad heredera de la derogada Urçi<sup>54</sup>. En lo que respecta a Barea-Villaricos, parece ser que los hallazgos arqueológicos posteriores, procedentes de dichas ruinas, dieron la razón al Abad, pues una inscripción datada en el año 245 d. de C., en la que la República Bariense hace una ofrenda al emperador Filipo, viene a despejar en cierto modo las antiguas incógnitas, identificando a Villaricos con la antigua Baria mencionada en las fuentes clásicas<sup>55</sup>.

Clemente no toma partido por ninguna de las corrientes en liza. En principio, influido por sus asesores veratenses —y por los padres Flórez y

Masdeu<sup>56</sup>—, no siente escrúpulo alguno al referirse a las ruinas de Villaricos como a las de la auténtica Urçi. Y estas son sus vivencias inmediatas: *«Vamos a las ruinas de Urçi que se extiende desde el río Almanzora a lo largo de la playa acia Levante, las cuales aunque escasísimas ya actualmte. en la superficie del terreno suponen una ciudad romana no pequeña. Muy pocos fundamentos de ella aparecen ya porque los encubren los escombros y tierra, y para hacer la torre y casa de resguardo vecinas tomaron materiales de estas ruinas<sup>57</sup>. Mirando al mar se descubre un fundamento que está sobre la roca y consta de tres partes o capas, la interior de escorias de yerro delgada, la intermedia de cal con muchos cantos o trozos de ladrillo, la última de cal con chinós de quarzo y pizarra: una media vara será el grueso de este*

<sup>54</sup> Cfr. NAVARRO, A. J.: «Cartas o Paseos de 1789». Carta 10ª. (Archivo Municipal de Lorca) y «Urçi», manuscritos redactados hacia 1789. El artículo «Urçi», un resumen de la anterior carta 10ª, fue publicado en 1911 por la *Revista de la Sociedad de Estudios Almerienses*, presentado por el historiador lorquino Cáceres Plá, («Urçi. Apuntes de Geografía Antigua». Tomo II, c. IV, abril 1911, pp. 129-136). Sin embargo, ya había sido publicado, anteriormente, por la revista granadina *Alhambra* (1906, tomo IX, nº 195-196).

<sup>55</sup> Cfr. LÓPEZ CASTRO, J. L.: «Villaricos, cien años de excavaciones arqueológicas», *Avarquía*, nº 5, 2000, p. 27.

<sup>56</sup> FLÓREZ, P.: *Historia Sagrada*, Libro XI, Madrid, 1779, p. 34; MASDEU, J. F.: *Historia crítica de España*, Madrid, 1784-1805.

<sup>57</sup> En Villaricos, como en La Garrucha y otros puntos estratégicos de la costa, existían unos cuartelillos o Casas de Resguardo, ocupados por los militares dedicados a la vigilancia y control de los movimientos contrabandistas, auténtica plaga de estas playas y de la Real Hacienda de Carlos IV.

*fundamto. sobre el qual descansa ya un pedazo de pared de cantos gruesos, y entre el fundamento y la roca hay una capita de cal sola. Todavía se hallan entre las ruinas pedazos de barro saguntino que suelen tener sus dibujos sencillos, y de otro barro más basto qual el de los fragmentos de los fundamentos»<sup>58</sup>. Y eso es todo lo que vio. No obstante, poco después —seguramente, tras haber conocido los apuntes de Navarro, a su paso por la casa de D<sup>a</sup> Juana Martínez Serna, en Vélez Rubio— añadiría lo que viene a ser un resumen del artículo citado anteriormente, original del Abad, acerca de tan zarandeada cuestión: «La ciudad de Urçi —apunta ahora Clemente— dice Orbaneja que estuvo en Pechina: otro P. que en Orce<sup>59</sup>; el P. Harduino que en Almazarrón. El P. Flórez, que en los Villaricos, junto a Vera. Morote que en Águilas: y el Abad (Navarro) sospecha lo mismo, a quien inclinan las descripciones de los geógrafos Antiguos. Pomponio Mela, español, en tpo. de Julio César, manifiesta que Urçi estuvo entre Adra y Cartagena, siendo la (más) sobresaliente, entre otras obscuras poblaciones de costa. De Plinio que vivió en Andalucía se infiere que Urçi debió estar entre Barea y Cartagena. Lo mismo dice Ptolomeo. Si Barea es Vera, pudo Urçi estar en los Villaricos. Pero Barea era un pueblo litoral y Vera no lo es. Por lo que parece natural colocar en los Villaricos a Barea. Y entonces, entre Barea y Cartagena, ¿quál será, de Águilas y Almazarrón, el sitio donde Urçi debió estar? Almazarrón no pudo ser; pues se retira demasiado de la Bética; lo que no conviene a Urçi, en la qual principiaba la Tarraconense. Resta pues que en Águilas estuviere; cuyas ruinas precisan a detenerse en un sitio el más a propósito para un puerto, el más noble de la costa, que dio nombre al seno urcitano y que mereció ser silla episcopal. En el Concilio Iliberitano firmó un Obispo de Urçi, y solo embió Barea un presbítero. Urçi sería destruida por los Wandalos, y desatendida por los Godos; pues no se halla medalla alguna goda, ni aun árabe. Assi han permanecido por muchos años estas costas temibles, por las visitas que les hacían los Argelinos»<sup>60</sup>.*

<sup>58</sup> (I, 54, 2) p. 254.

<sup>59</sup> PASCUAL ORBANEJA, G.: *Vida de San Indalecio y Almería ilustrada en su antigüedad, origen y grandeza*, Almería, 1699; SUÁREZ, P.: *Historia del obispado de Guadix y Baza*, Madrid, 1696: este autor, basándose en Diego Hurtado de Mendoza y en otros escritores coetáneos, sitúa a la desaparecida Urçi en el actual pueblo de Orce. En cuanto a las teorías del Abad, vid. GUILLÉN GÓMEZ, A.: *Ilustración y reformismo...*, pp. 68-78.

<sup>60</sup> (I, 54, 4) p. 156. Evidentemente, muchos años después se acometieron serias campañas de investigación y excavación sobre

Una vez acabada la inspección de las ruinas de Villaricos, Clemente trepa hasta lo alto de la torre-castillo del mismo nombre, para, desde su altura ideal, tomar nota de la amplia y esplendente vista panorámica que desde ella se columbra: «Desde la torre veíamos prolongarse la Serrata de Montroy sin dejar playa ni aun para andar a pie hasta cerca del pozo del esparto, que distaba de nosotros dos leguas; por el mismo lado de Levante al cabezo, a cuyo pie está Águilas y más allá el cerrote de Cope —donde como en Terreros hay su Almadraza— que muy semejante al Peñón de Gibraltar (el más semejante de cuantos he visto en la costa) se avanza dentro del mar pareciendo a la vista aislado. La legua que media entre el fin de la Serrata de Montroy y el castillo de Terreros es llana por una playa despejada que parece sigue tal hasta más allá de Águilas. Así es rasa y libre la hermosa playa que por el espacio de una larga legua corre entre la Torre de Villaricos y la Garrucha; pues el pequeño cerro y sus compañeros que llaman cabezos pelados<sup>61</sup> y aparecen desde Vera como tocando el mar entre dicha Torre y la Garrucha casi a igual distancia de ambas no hace tal. Veíamos a la Sierra de los Filabres rematar frente a la Sierra de Cabrera que cortaría en un ángulo bastante agudo al O. si se prolongase hasta ella: pero media entre ambas un valle bastante ancho. Sobre el extremo de Sierra Cabrera se veía a la ciudad de Muxacar que también se ve desde Vera; veíamos también a la Tetica de Bacares»<sup>62</sup>.

Huelga decir que, a lo largo de esta provechosa jornada, el viajero Clemente no ha desatendido en absoluto las variedades del reino vegetal que el camino le pone al alcance de la vista. Y son muchas, dada la época del año que se atraviesa a la sazón, con una primavera en pleno apogeo de fauna y flora. Así, en los sembrados, y especialmente en sus márgenes y ribazos, predomina el verdor intenso de la rubia; pero, sobre todo, hay que destacar el «muchísimo taray, con sosa, gazul y otras plantas quemables (la matilla de Roquetas, las statices de C. Gata, el aizoor que aquí llaman garula, etc.) y que sin embargo no recogen por no abundar mucho, en las riberas del río frente a la

estas ruinas de Villaricos. Entre otras publicaciones, Vid. SIRET, L.: *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*, Almería, Arráz. 1995; y LÓPEZ CASTRO, J. L.: «Villaricos, cien años de excavaciones arqueológicas», Axarquía, nº 5, 2000, pp. 27-38.

<sup>61</sup> «Dan el nombre de cabezo en esta tierra —añade Clemente— al cerro bajo (y no se si al alto) aislado o casi aislado. No me acuerdo haber oído este nombre en la Provincia hasta ahora».

<sup>62</sup> (I, 54, 2) pp. 251-2.

torre»: el esparto, el cactus que crece en Montroy, cerca de la playa y de la Torre de Villaricos, al igual que lo hacen el cipote y el arto, el cual «es tan común en el País que hay un barranco llamado del Arteal y lo usan para cercas y bardas. El acibar, de que había muchas matas juntas y llenas de hermosísima flor a dos tiros de bala de la torre, ya sobre la Serrata por el lado que mira al mar. La lavándula dentata, planta fruticosa que abunda en el cerro negro y de aquí a Vera aun más que la multifida, a la que aventaja en altura y en hermosura, etc., etc.»<sup>63</sup>.

#### V. VISITA AL CABEZO DE LAS HERRERÍAS Y UNA FUGAZ OJEADA A LA SERRATA DE MONTROY O SIERRA ALMAGRERA

Una vez de nuevo en la playa, atraído por la idea de encontrar en la cercana Serrata de Montroy importantes extensiones rocosas de jade, sienito, granitino, jaspe y otras substancias, hacia ella dirige sus pasos el animoso viajero. Pero su decepción, al no hallar la riqueza presumida, le hizo desistir en el empeño, pues, como el propio investigador dejaría apuntado, «nada hallamos en ella sino pizarra con cuarzo, y ha sido preciso suponer, diga Bowles lo que quiera, que muchos cantos de estos —esparcidos por las riberas del Almanzora— vienen acarreados por el río, aunque este corra aquí manso por un suavísimo declive, de la Sierra de los Filabres, y sentir el que a otros no podamos asignar el origen. En la Serrata de Montroy se ve también yerro micaceo entre la roca»<sup>64</sup>.

Pero donde su inquietud de infatigable naturalista queda sobradamente gratificada es en la inmediata visita cursada al Cabezo de las Herrerías. Conocido vulgarmente como Cerro Negro, dista un cuarto de legua al NO. de la Torre de Villaricos, y una legua no demasiado larga de las poblaciones de Vera y de Cuevas, al Este de ambas. He aquí la meticulosa descripción ofrecida por Clemente: «El río Almanzora lame casi su falda occidental, sobre cuyo nivel se eleva poco más de 40 varas, y poco más de cincuenta sobre el del mar. Es menester media hora para darle la vuelta por su falda, y está aislado formando un casi cono achatado excepto por el N., por cuyo lado traba con los cerros submarinos del País: otro cerro o loma submarina —(muy notable por la inmensa cantidad de escorias de yerro fundidas a la antigua, es decir

perfectamente. que tiene sobre sí: ocupan en él estas escorias la extensión de unas 100 vs. a lo largo, unas 70 a lo ancho, con el grueso medio de unas dos varas. Tanto yerro fundido aquí parece que no pudo salir del Cerro de las Herrerías y es que traerían mucho de la Serrata de Montroy)— media entre él y la Serrata de Montroy corriendo entre ambas un valle de  $^{\circ}$  cuarto de ancho, así como un barranco que arranca de la unión del cabezo con los cerros submarinos corre entre el Cabezo y la loma de las escorias. Ya parecerá pesada tan larga descripción de un cabezo tan pequeño; pero él la merece mucho mayor, pues ofrece más que estudiar que algunas grandes sierras y no tiene semejante que yo haya visto. Desde lejos se hace ya muy notable por su color negro, que pronto nos pareció debido a la manganesa. Nosotros subíamos a reconocerlo por el río arriba y hallamos que en efecto su lado o parte meridional y occidental son casi enteramente de manganesa y yerro dominando comunmente. este y mezclados frecuentemente con mucha tierra»<sup>65</sup>. Pero aparecen también por doquier vetas de espató barítico («serriche») que se entrecruzan en todas las direcciones, las cuales se muestran a veces cristalizadas en hermosas tablas, formando peines similares a las amatistas del Cabo de Gata. Hay partes, sobre todo por el lado que mira a levante, en que predomina una arcilla endurecida y muy lustrosa, la cual tiende o se asemeja a la roca córnea e incluso al pedernal y al jaspe. Su color preferente es un peculiar rojo, muy parecido al de los barros saguntinos, con los que a veces suelen confundirse sus fragmentos. Aunque también adquiere, en ocasiones, fluorescencias blancas, amarillas, etc. Es digna de destacar, así mismo, la blanca roca córnea —a veces gris y rojo teja—, cuyos enormes peñones asoman por esta parte y parecen dominar toda la capa externa de la cumbre del cerro. «Esta formación o roca del cabezo negro suele estar brillante por la superficie por un barniz que tiene de manganesa. En un sitio está descompuesta en una substancia muy ligera: sobre los mismos peñones del yerro y manganesa se ven estos metales hematíticos que suelen encontrarlos y las hematites se forman también en los huecos»<sup>66</sup>. De este modo, el investigador Clemente continúa analizando, con todo el detenimiento y la pasión que requiere un filón tan singular, la formación o historia geológica de este cerro paradigmático para la mineralogía, y, por ende, pródigo en hallazgos y en expectativas. La hipótesis submarina de estas formaciones rocosas vuelve a tomar cuerpo: «El mar hizo aquí su depósito tal vez informe de

<sup>63</sup> Ibidem, pp. 252-3.

<sup>64</sup> Ibidem, p. 255. El autor se refiere al texto de GUILLERMO BOWLES: *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España*, cuya 3ª edición había aparecido en 1789, editada en Madrid por la Imprenta Real.

<sup>65</sup> Ibidem, pp. 256-7.

<sup>66</sup> Ibidem, p. 255.

arcilla, sílice barita, ácido sulfúrico y los elementos de hierro y manganesa que con el tiempo se han ido después y van segregándose de la masa contusa para reunirse aparte obedeciendo a las leyes de la atracción y embolviendo tal vez además en su combinación gases atmosféricos»<sup>67</sup>. Pero son muchas las hipótesis a plantear, muchas las teorías a seguir, habida cuenta de las variedades morfológicas que la costra exterior de este monte ofrece al observador, y que en algunas partes la hacen verdaderamente incomparable: «lo que acaba de hacerla singular es la disposición de las series de sus capas que están en todas las direcciones y con todas las contorsiones imaginables, en ondas, remolinos, etc. y esto se nota en cualquier parte de esta formación arcillosa, de modo que ella presenta en miniatura lo que la del Barbate (principalmente los yesos) en grande»<sup>68</sup>. Desde luego, esta proverbial riqueza mineralógica no pasó desapercibida para los antiguos y sucesivos pobladores de estas costas levantinas. Muy al contrario, son infinitos los vestigios hallados, en torno a la antiquísima explotación minera de estos parajes. Y, como no podía ser menos, Clemente tampoco pasa por alto esta cuestión: «El Cerro de las Herrerías está acribillado de excavaciones antiguas, muchas parte de ellas cegadas en parte o enteramente para sacarle sin duda el hierro, única substancia metálica (además de la manganesa) que encontramos en él, en sus antiguos escombros y en las escorias de por allí. En una de estas excavaciones que mira al S. y sigue muy horizontal e igual vi por primera vez huellas muy frescas que parecen de zorra. En las paredes de estas cuevas se veía sal común y ésta mezclada con otros nidos de insectos»<sup>69</sup>.

Una de las razones por las que últimamente se ha hecho famoso este Cerro de las Herrerías —al igual que la Serrata de Montroy— y tal vez uno de los objetivos por los que el investigador Simón de Rojas Clemente visita ambos lugares en esta ocasión, es su abundancia en espato barítico, vulgarmente conocido como «serriche»: un mineral ya estudiado en las páginas anteriores, cuando abordamos el asunto del cultivo adulterado de la barriella en la comarca.

## VI. EL HABLA DEL PUEBLO. NUEVOS DATOS<sup>70</sup>

A las anotaciones obtenidas anteriormente, a su paso por Albox y Lubrín, el fino observador Clemente va añadiendo ahora nuevos datos, relati-

vos al modo de utilizar el dialecto murciano-andaluz en estas tierras de frontera<sup>71</sup>. Y, aunque las actuales observaciones se realizan físicamente en la ciudad de Vera, el uso del vocablo genuino o de la llamativa rareza idiomática que han atraído su atención, muchas veces podría extenderse a otros lugares de la comarca o incluso de la provincia<sup>72</sup>. Así lo apostilla el propio autor en varios casos concretos. Veamos: «Trebajo por trabajo y principio por principio se dice vulgamente en la Provincia. Así mantención por manutención. Después de eso por además de eso. Coger por caber en el Levante. Muy poquísimos, muy grandísimos; así usan mucho los superlativos en toda la provincia. Los tres primeros se usan principalmente en Cuevas (y) Vera. Maniantal por manantial usa el vulgo de toda la Provincia. Por tantos mil reales en dinero no ahorcarán a fulano; quiere decir que fulano los tiene y es frase común en la Provincia.». «Cuidiado por cuidado dice el vulgo desde Granada para Levante y creo que en casi toda la Provincia.». «No está este año la gente para hacer giras. Gira es una huelga (juerga): así dicen vamos a una gira, hacer giras, por vamos a una huelga, no haciendo jamás uso de esta voz (juerga): en Vera, Cuevas, Huércal, Los Vélez, María.». «Bollos llaman a las tortas delgadas de maíz que sin levadura hacen y cuecen en casa<sup>73</sup>. Y a las del horno, que son unos panecillos o verdaderos bollos llaman toñas en Cuevas». «Entornar por juntar la puerta, en Vera y Zújar etc.»; es decir, dejar entreabierta la puerta, modismo que todavía sigue utilizándose en gran parte del Sureste. «Arregostar y arregostarse, en Vera, Zújar, etc.» por aficionarse o acostumbrarse a algo. «Tonga en Zújar, Cuevas etc significa lo que en Titaguas. Mollina llaman en Cuevas a la llovizna; y muy sutil, mollinilla.». «Chorro es en Cuevas, Lújar, el de licor que sale por el caño. En Granada parece que le llaman también caño y que no hay chorro.». En cambio, los habitantes de esta parte de Andalucía son bastante más comedidos en su habla coloquial; no parecen tan hiperbólicos ni exagerados, como lo son los de la parte occidental. En efecto: «No se oyen en el Reyno de Granada expresiones tan exagerativas como estas del Reyno de Sevilla: Mi caballo es pesado como un sueño: Sabe V. por qué no le cojo de la pretina y le tiro por alto? Por la lástima que me da la hambre que había de pasar en el camino: Sabe V. por qué no doy un puñetazo al sol? Por no dejar el mundo a oscuras.».

<sup>71</sup> Vid. Parte Segunda de este trabajo, en *Axarquía*, n.º 8, 2003.

<sup>72</sup> Como tantas veces hemos advertido, «Provincia», aquí, debe entenderse por la totalidad del antiguo Reino de Granada; es decir, por el conjunto de las actuales provincias de Almería, Granada y Málaga.

<sup>73</sup> Se trata de una costumbre muy popular en Cuevas: cocer la torta sobre una losa de piedra caliente. Podría tratarse de una costumbre importada de tierras africanas.

<sup>67</sup> Ibidem, p. 260.

<sup>68</sup> Ibidem, p. 261.

<sup>69</sup> Ibidem, p. 262.

<sup>70</sup> (I, 54, 2) pp. 249-250.